



VIDAS CRUZADAS

Guillermo García Prieto

VIDAS CRUZADAS



Primera edición: octubre 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Guillermo García Prieto

ISBN: 978-84-19439-48-2

ISBN digital: 978-84-19439-49-9

Depósito legal: M-25480-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A Amaia, Igor y Oihana.
In memoriam a Trufa.*

Toyota Hilux 4×4. La última apuesta nipona en su intento de copar el mercado automovilístico europeo. Si bien le había costado una pasta gansa, no le importaba, pues podía permitirse semejante lujo.

Nada más pulsar la intermitencia derecha, indicando que abandonaba la autovía, sus ojos se dirigieron al espejo retrovisor interior. Mientras tataba una vieja melodía, se brindó un generoso guiño. Elevando la cara, se vio parte de esta reflejada en el espejo rectangular. Y lo que vio le llenó de felicidad. A sus 35 años de edad, cumplidos en el pasado enero, mantenía un cuerpo espléndido, gracias, en parte, a cerrar la boca y darse galopadas por los alrededores del pueblo, quemando calorías. Con una cara agraciada, abundante cabellera, negra y prieta, sin menor atisbo de calvicie, y sus ojos almendrados, y, por qué no decirlo, su excelente posición económica, eran ingredientes suficientes para que nunca le faltasen mujeres con la que compartir ratos de ocio.

Pese a ello, nunca se decantó por ninguna de ellas, manteniendo siempre relaciones esporádicas, sin más futuro que pasarlo bien. El recuerdo amargo y doloroso de Raquel, su primer amor, de eso hacía ya bastantes años, seguía marcando su vida. Desde hacía poco más de un año, mantenía una relación con una médica, de 30 años de edad, que ejercía su profesión en el hospital general de la capital, a menos de diez kilómetros de Beltrán.

Aparcó delante del edificio del bar, su bar. La recién inaugurada autovía, hacía menos de un año, había significado casi la defunción de su negocio. Ahora, sus escasos clientes eran cuatro camioneros, en busca siempre de una cara conocida con quien charlar y tomarse una copa. Por ello, se vio obligado a recortar personal y horario.

Las meapilas del pueblo, lideradas por don Matías, el cura párroco de Beltrán, festejaron la caída de su negocio a los infiernos,

y nunca mejor dicho, al considerar el bar Buenos Aires, el eje del mal de la zona. La falta de clientes llevaría aparejado el cierre del establecimiento, y no las rogativas y rezos de las anteriores, en su cruzada contra el maligno, armadas con sus curvadas espadas flamígeras.

Ante cualquier crítica sobre su actividad empresarial, él se defendía alegando que dentro del bar y en horario laboral, sus chicas se limitaban a poner copas a los clientes, y nada más. Fuera del negocio y en su tiempo libre, era un asunto de ellas lo que hicieran con su vida. Esta separación, llevada siempre a rajatabla, le había librado de numerosos problemas. Pero en una ocasión, la mujer de un camionero se presentó en el Buenos Aires, toda furiosa, buscando a una de las camareras, pues se había llevado a su «hombre». Calmada por Lely, la encargada del bar, la esposa engañada se fue por donde vino. Tras una difícil y larga conversación con la mujer, Lely, la pudo convencer de la inutilidad de sus indagaciones, pues la presunta «robamaridos» había abandonado su trabajo, de eso hacía más de un mes.

Nada más apagar el motor, vio a su tío Mario, dando una mano de pintura blanca a una parte de la fachada. La noche anterior, tras la celebración de una despedida de soltero en el bar, los amigos del novio, pasados de alcohol, empaparon la pared con sus meadas y vomitonas.

Cuando César se apeaba del vehículo, su tío Mario dejó su ingrato trabajo y se acercó al coche.

—¿Esto es lo que te has comprado? —abordándolo.

—Sí. ¿Te gusta? —preguntó César innecesariamente, sabiendo la respuesta.

—Bueno, no está mal. Pero donde esté uno alemán.

César le miró condescendiente. Si no fuera su tío, lo hubiera mandado a la mierda. Decidió mantenerse callado, no entrando al trapo. Todos sus intentos para hacerle cambiar de opinión iban a ser fallidos. No conseguiría borrarle la alegría, por la nueva adquisi-

ción. Sabiendo de su afición por los automóviles, estuvo en un tris de invitarle a que se montara en el vehículo y se diera una vuelta, pero decidió dejarlo para otra ocasión. Hoy, sin duda, no estaba el día para café.

Mario se dio la vuelta y regresó a su quehacer. César pulsó la llave de cierre centralizado del vehículo y se introdujo en el bar. Dirigiéndose a la máquina del café, se preparó uno: solo, largo y sin azúcar. Acto seguido, se sentó en el taburete situado frente a la caja registradora. Sobre el teclado había una nota en un pósito de color azul. Nada más comenzar a leerla, oyó un ruido proveniente de la puerta de la cocina. Por ella, apareció su tía Mercedes, la mujer de Mario. Vestida con su impoluto uniforme azul claro, pañuelo blanco en la cabeza y unos recios guantes de color verde, transportaba un cubo y una fregona. Nada más verlo, le saludó con sumo cariño.

—Hola, hijo. ¿Has visto a tu tío?

—Sí. Acabo de hablar con él.

—He visto tu coche nuevo, por la ventana. Es precioso. ¿Estarás contento?

—Claro, tía. Muy contento. Me hacía mucha ilusión.

—¿Qué ha dicho el tío del coche?

Como respuesta, César se limitó a levantar tímidamente los hombros, mostrando cara de pena. Su tía, adivinando la contestación de su marido, le disculpó.

—¡Bah!, ya sabes como es. No se lo tomes a mal. Aunque no es una novedad, últimamente está muy raro, ausente, de mal humor.

—¿Tenéis algún problema entre vosotros?

—No, no. Todo lo contrario. Si bien no tuvo nunca mucho sentido del humor, este, con los años, se le ha ido agriando. Y todo, desde que iniciamos los preparativos del viaje. No sé si ha sido buena idea la de visitar su país de nacimiento, en donde, por cierto, no tiene a nadie, ni tan siquiera recuerdos. Como bien sabes, se vino para acá con ocho años de edad, en compañía de tu abuelo. Pero bueno, él quiere volver, y yo debo ir con él, sí o sí.

—¿Y si suspendéis el viaje?

—Ni se lo planteo. Tiene, al menos así lo creo, la engañosa necesidad de regresar a sus orígenes. Todo su patrimonio afectivo son las cuatro fotos amarillas, guardadas en la cómoda del dormitorio, ajadas de tanto pasar los dedos por ellas, como si pretendiera resucitar a los retratados en el papel. Últimamente, lo hace a escondidas. Y eso me da mala espina. No quiero ser agorera, pero creo que su secreta intención, una vez allá, es la de quedarse a vivir allí, definitivamente.

—Tía, ojalá no se cumplan tus miedos. Pero si una vez allí, te confiesa su intención de quedarse. ¿Qué harías?

Merceda miró a César con fijeza, dándole a entender la obviedad de la respuesta.

—Regresar. Mi familia, vosotros, los míos, están aquí, en Beltrán. Si quiere quedarse, no se lo voy a impedir. Aquello me resulta tan lejano, tan extraño, como puede serlo la Cochinchina.

César iba a continuar con la conversación, pero viendo la cara de inquietud de su tía, decidió cortar por lo sano.

—Tía, ¿quieres un café? —le ofreció, alegremente.

—Gracias, ahora no. Tengo la tensión alta, y no debo —confesó, mientras se dirigía a la puerta de la calle. Antes de salir, se volvió hacia César—. Nunca lo olvides, tú eres la persona más importante para él. Sin duda, más que yo.

—Tía, no es necesario...

—Lo digo sinceramente. Y a mí me llena de orgullo. Tú eres el hijo que yo nunca le pude dar...

—Tía, no volvamos...—Perdón, César. Tienes razón. Siempre a vueltas con lo mismo, Parezco un disco rayado. Ah, hoy no nos esperéis a comer. Dentro de un rato, tu tío y yo nos vamos a la capital. Han de hacerle unas pruebas médicas.

—¿No será nada serio?

—No, no. La revisión anual del corazón. Ya sabes. Tu tío tiene muchos años, y debe cuidarse.

—Bueno, entonces, hasta el domingo.

—Sí, hasta el domingo.

Nada más quedarse solo, abrió la puerta de su despacho: su sanctasanctorum. Pegada sobre la misma, se encontraba una pequeña chapa rectangular, plateada. Grabado en ella, se leía: PRIVADO.

Una vez dentro, tras cerrar con llave, encendió una lámpara colocada en una esquina de la mesa de despacho. Meneó la manija de la puerta de acero, que daba a un patio abierto, en la parte posterior del edificio, encontrándola perfectamente cerrada. Subió la persiana de Gradulux, hasta arriba. La pequeña estancia se inundó con la luz cristalina de la soleada mañana de la recién estrenada primavera. Se sentó en el sillón giratorio. Nada más darse la vuelta, colocó los pies sobre el radiador de pared, mirando hacia el infinito, cortado a lo lejos por el sinuoso perfil de la cordillera central.

Durante los meses centrales del verano, cuando el calor achicharraba los sentidos, se veían aparecer a los lejos, agazapadas tras la cordillera, como facinerosos, a punto de asaltar a los confiados viajeros, las curvas tortuosas de las primeras nubes, anunciando la previsible tormenta de la tarde. Según iba avanzando el día, estas iban embozando el cielo, hasta cubrirlo totalmente, con sus nubarrones negros y amenazantes. Cuando era difícil distinguir el día de la noche, comenzaban a soltar sus primeras descargas, cuan puñaladas rabiosas sobre la indefensa y yerma tierra.

Ante semejante espectáculo, César se sentía diminuto, desamparado, como una cría de animal, abandonado a su suerte por la manada, expuesto a los peligros perennes de los depredadores. En algunas noches de verano, con el cielo preñado con millones de minúsculas y parpadeantes estrellas, agujereando el techo azabache de la cúpula celeste, se dirigía con el coche, solo o acompañado, a las afueras del pueblo, a una hondonada libre de cualquier tipo de contaminación lumínica. Nada más llegar, extendía una manta sobre la tierra, aún recalentada por el sol, ya ausente. Acompañado de una petaca y, si se terciaba, de un par de cigarrillos de hierba, se colocaba los auriculares de un pequeño radiocasete. Una vez tumbado, pulsaba la tecla de encendido del aparato de audio. Con

la mirada dispersa sobre el más majestuoso techo, jamás creado, se dejaba llevar por la armonía y la belleza de la música de Strauss, en el tema central de la película *Una odisea en el espacio: Así habló Zaratustra*.

Miró de nuevo la nota. «Llamar al Ayuntamiento y al cuartel». En el consistorio, preguntaría por el secretario municipal: Sebastián Frutos, el Sebas; y en la Benemérita, por el teniente del puesto: Manuel Vela, su amigo de la infancia, con el cual le unía una fuerte amistad. De hecho, era el padrino de su hija Beatriz, la mayor de las dos, y que ese mismo año iba a celebrar la primera comunión.

Supuso que la llamada del Sebas estaba relacionada con el permiso que tiempo atrás solicitó al Ayuntamiento para la instalación y puesta en funcionamiento de un potente cañón de luz, en el terreno del Buenos Aires. Pero le daba en la nariz que el repentino interés del ínclito secretario municipal estaba relacionado con Lely, la encargada del bar, los cuales, como dos tortolitos quinceañeros, mantenían una relación amorosa, a espaldas, obviamente, de la esposa del Sebas.

Al pensar en semejante relación, le vino a la memoria el viejo refrán: «Nunca falta un roto para un descosido». El «roto» era Lely: una mujer de 45 años de edad, dulce, cariñosa, buena presencia, elegante. Y el «descosido» era Sebas: un hombre sesentón, achaparrado y ligeramente patizambo, con bigote abundante y negro, tipo mostacho de revolucionario mejicano, tratando acaso de disfrazar su incipiente y nívea calvicie.

Sebastián Frutos Arcada, eterno secretario municipal del ilustre Ayuntamiento de Beltrán, era todo un personaje, listo como el hambre, de los que no daban puntada sin hilo. Llevaba tantos años ejerciendo el cargo, que algunos del pueblo decían haberlo visto vestido en los plenos con el uniforme de la Falange. ¡Sin duda, una exageración, un embuste!, afirmaban otros, en su deseo de adulación: hipócrita e interesada. Y que semejante patraña era producto de las mentes perversas de los maldicientes, con el único fin de desprestigiarlo.

Durante los primeros años de la democracia, los diferentes regidores, con nula experiencia de gobierno, se habían echado en sus brazos, dejándole manejar a su antojo la práctica municipal, en la que se incluía, obviamente, el manejo de los dineros del consistorio. Con los años, cómo una hormiguita: callada y laboriosa, el Sebas fue atesorando una fortuna más que considerable. No había contrata, licencia, o cualquier otra relación mercantil entre el Ayuntamiento y los particulares, en la que el señor Frutos no sacara su provecho particular.

Si bien la «astilla» monetaria era asumida de manera callada por todo el que quisiera contratar con el Ayuntamiento, pues era «recatado» con el importe de las comisiones, le perdían sus desmanes con el sexo opuesto. Como un señor feudal con derecho de pernada, ejercía su autoridad sobre algunas de las mujeres contratadas por el consistorio para trabajos eventuales. Sencillamente, le gustaban más las faldas que a una mesa camilla.

Se aseguraba de que el *Gordito*, uno de sus tantos motes, tuviera dos máximas: «El que quiera una licencia, a pagar». «Y la que quiera un trabajo, a tragar».

Si bien las comisiones seguían vigentes, sus relaciones sexuales impropias con las empleadas municipales eran nulas, caídas en picado, derrumbadas igual que un castillo de naipes. El motivo de su desplome fue el calvario que hubo de pasar ante la denuncia de una mujer, trabajadora eventual del Ayuntamiento, la cual lo acusó de obligarla a realizar una felación. Lo cierto es que poco tiempo después la mujer retiró la denuncia, argumentando ante el juez que la denuncia de tal execrable acto había sido una falsedad, provocada por la tensión, el estrés, al saber que su contrato no iba a ser renovado. Se rumoreaba en el pueblo que la repentina «vena de sinceridad» de la mujer surgió ante el hermoso panorama azul, de nuevos y relucientes billetes de 10.000 pesetas, aportados por las arcas municipales. El secretario alegó, ante la protesta del alcalde por el dispendio, que todo el embrollo se había desarrollado en acto de servicio. Más cara, imposible.

Desde aquello, el Sebas mantenía una casi rígida vida monacal, limitando sus fogosidades sexuales a su «santa»: grande y oronda como un tonel de aceite; renegrida y cejjunta; fea como una gárgola y con el carácter de un sargento de Regulares. Ante semejante «plétora de virtudes», la gente se preguntaba cómo el excelso funcionario municipal pudo unir su vida con una cosa así, remarcando lo de «cosa». La respuesta venía por sí sola: sus papás, en su herencia, la dejaron cargada de billetes, afín de otros bienes muebles y varias titularidades inmobiliarias.

La llamada de Manuel le dejó pensativo, pues había estado la noche anterior con él en el café Edesa, sito en la plaza del Ayuntamiento.

Sin pensárselo dos veces, marcó el número de teléfono del cuartel. Tras un par de pitidos, escuchó la inconfundible voz del guardia Ramón: el más joven de toda la plantilla. Con su inconfundible acento andaluz, pues era originario de un pueblo de la provincia de Córdoba, soltó de corrido, como si fuera una frase hecha, igual que un vendedor de feria:

—¡Aquí el cuartel de la guardia civil! ¿Con quién hablo?

—Buenos días, Ramón—le contestó con familiaridad, para rebajar el severo tono oficial del benemérito—. Soy César. Por favor, pásame con el teniente.

—¡Ah, buenos días, don César! ¡Mire usted, el teniente no está, pero cuando regrese, le daré recado de su llamada!

—¿Sabe cuándo volverá?

—No, no lo sé. Hace más de una hora se fue a la capital a pasar la ITV de su coche particular.

—Entonces, cuando vuelva, dígame que he llamado.

—Así lo haré, don César, y a sus órdenes siempre. Que tenga un buen día.

—Igual te digo, Ramón. Igual te digo. Muchas gracias.

Mientras posaba el auricular sobre la base del teléfono, sonrió para sus adentros. Sin duda, el guardia Ramón era un tipo curioso.

Sabedor de su amistad con su jefe, siempre le daba el mismo tratamiento, terminando con un incomprensible «a sus órdenes».

En una ocasión, César le pidió el tuteo y que dejara a un lado el rígido lenguaje castrense. Pues, a fin de cuentas, el guardia Ramón tenía poco más de 20 años y él no era su jefe. Muy serio, le contestó que no se permitían ciertas familiaridades con los paisanos. Semejante respuesta provocó la sonrisa de César. La máxima aparecía en la «Cartilla del guardia civil», redactada por el segundo duque de Ahumada, a mediados del siglo XIX. Ante respuesta tan categórica, decidió no insistir.

César creía que el motivo de su pleitesía hacía él, venía dado porque el guardia Ramón estaba encandilado con una de las camareras de su bar, pues, estando de servicio o de paisano, no dejaba de visitar el establecimiento. Si hubiera confeccionado una lista de los diez mejores clientes del bar, Ramón estaría entre los cinco primeros. Más bien por la edad, el benemérito debió concebir en su presumible inexperiencia, que no estaba de más mantener una buena relación con el jefe de la autora de sus suspiros. El guardia no lo sabía, y no iba a ser él quien le sacara de su equívoco, pues, afortunadamente, entre las camareras del bar y él únicamente existía una simple y llana relación laboral. Miró el reloj colgado en la pared de su derecha. Por la hora que era, tendría tiempo suficiente, antes de ir a comer a casa, pasarse por el café Edesa.

El café Edesa era en el pueblo un lugar de interés a visitar, como podía serlo el edificio del consistorio, de estilo barroco; el palacio de los condes de Beltrán, la iglesia parroquial, o los restos arqueológicos descubiertos en 1970 en la finca La Cepedana, en donde, en el siglo III d. de C., un terrateniente erigió su villa de verano.

Fundado en los años 40, estaba decorado al estilo de los cafés literarios madrileños: el Comercial, el Pombo, el Lardhy, el Oriente. En un alarde de poderío económico, impropio en una época de hambruna, estraperlo, tabaco cuarterón, aceite de ricino, etc., su

primer dueño, Antonio Chacón, apodado el *Fournier*, se gastó una fortuna en la rehabilitación del local, en donde, hasta entonces, había existido un negocio de venta de carbón y leña. Semejante dispendio fue cubierto sobradamente por las ganancias obtenidas en las timbas de juego ilegal, sobre todo las de naipes, de ahí le venía el mote, perseguidas severamente por los censores del nuevo régimen, los cuales, a su vez, bajo cuerda, recibían su parte en el pingüe negocio.

El dueño actual, nieto del fundador del establecimiento, se enorgullecía que en su café-bar habían sido rodadas algunas escenas de dos famosas películas españolas: una en blanco y negro y otra en color. En una de las paredes del local estaban colgadas una docena de fotos enmarcadas, en las que aparecían imágenes del establecimiento con algunos actores de las películas. En un par de ellas, y en un formato mucho más grande, se veía, todo sonriente, al propio Antonio Chacón, rodeado por el elenco de actores. Si bien ahora el local mantenía la esencia de lo vetusto y el abrazo fraternal del olor del café colombiano recién hecho, ahí se detenía cualquier similitud con el ambiente literario de aquellos otros a los que pretendió emular. Pues ya no se veían plumas, tinteros, papel verdugado, sobre el que escribir un soneto, una oda, o, simplemente, una carta de amor; ni el sonido del tiempo detenido por un ávido lector, pasando sigilosamente las páginas de un libro, de un periódico, de una gacetilla cultural; ni tertulianos, alrededor de don Mariano Alameda de Osuna, el cronista de Beltrán, debatiendo sobre todo tipo de cuestiones, tanto humanas como divinas. Ahora, las únicas hojas impresas eran las de un par de periódicos deportivos; las cuartillas sueltas del menú del mediodía o de las exquisiteces preparadas por la mujer del dueño, escritas con burda caligrafía, y, a veces, sin tildes y con evidentes faltas de ortografía. Y el otrora silencio reposado, una reminiscencia, ahora sustituido por los ruidos provenientes del aparato de televisión y por las ondas molestas de numerosos vocingleros, apoyados en la barra, mirando con altanería al resto, perdonándoles la vida, como los típicos pistoleros de salón de una película del Oeste.

A César no le gustaba apostar, pero estaba por jugarse su patrimonio a que el Sebas, por la hora que era, se encontraría sentado a una de las mesas del establecimiento. Y en la «suya», por más señas, pegada a un amplio ventanal, con vista a la calle, justo al lado de la puerta giratoria. Como si fuera un «vigilante de la playa», controlaba quién entraba y salía del establecimiento y el tránsito de personas y vehículos por la plaza.

Nada más traspasar la puerta giratoria, torció la cara hacia la izquierda. No se equivocó. Ahí estaba, sentado en «su» mesa, con la espalda pegada en el recio respaldo de medialuna de la silla de madera. Con pose de patricio romano, leía atentamente el diario *Marca*, como si el periódico deportivo fuera el *Tratado sobre la metafísica del universo*.

Pese a su aspecto físico, como el abuelo piadoso de Heidi, en nada se parecía a este. Para quienes le conocían bien, Sebastián Frutos, el Sebas, era un tipo sinuoso, desconfiado, vengativo, con más capas que una cebolla, al que, sin embargo, era mejor tenerle de amigo que de enemigo. Su carácter jovial, dispuesto siempre a invitar a quien pudiera sacarle un favor o un beneficio, fascinaba en el primer encuentro. Pero agotado el hechizo, la realidad se imponía, dándose uno cuenta de la madera con la que estaba fabricado el coruñés, procurando, como si se tratase de una peligrosa alimaña, no darle la espalda en ningún momento.

Sin hacer ruido, César separó una de las dos sillas pegadas a la mesa del Sebas. Sobre la repisa de mármol, agrietada por el uso, se encontraba una caña recién servida, una concha de loza blanca, repleta de aceitunas rellenas, y un bol de patatas fritas de bolsa, que desprendían un fuerte olor a aceite.

Nada más sentarse, el Sebas bajó un par de centímetros la doble hoja del periódico. Por encima de las gafas graduadas, colgadas en la punta de su nariz de boxeador, miró con desdén al recién llegado, como si este fuera una visita inoportuna.

Desentendiéndose de la compañía, continuó con la lectura del diario. César giró la cabeza hacia su derecha. Levantó la mano izquierda, llamando la atención de Manolo, el camarero de toda la vida del Edesa. Vestido con pantalón, zapatos y calcetines negros, cubría su pecho y brazos con una holgada chaqueta blanca, cerrada hasta el cuello, y botonadura dorada. Salvo las manos, de dedos largos y finos, pulcramente cuidadas, solo quedaba a la vista su cara blanquecina, como de enfermo. Su cabellera negra, peinada hacia tras, y engominada, y un fino bigote, como si fuera un desfile de hormiguitas, perfectamente cuidado, le daba el aspecto de un galán de cine de la Paramount de la década de los 40.

—Hola, Sebas —dijo, cansino. Este cerró el periódico, lo dobló por la mitad, colocándolo sobre la repisa de la mesa—. César, ¿cómo te va? —le preguntó tirante, molesto por la interrupción.

—Mejor que tú, seguro que no —le contestó muy serio, tratando de llamar su atención.

Con cara de pocos amigos, mentalmente, se preguntó qué mosca le había picado a César para importunar su momento de asueto, tras cerrar caja en el Ayuntamiento e irse a comer a su casa. César iba a iniciar la conversación, pero calló. Manolo, con maestría y elegancia, y ademanes poco varoniles, depositó encima de la repisa una bien tirada caña de cerveza de barril y un plato de aceitunas aderezadas con plantas aromáticas.

—Manolo, a este paso, tu Madrid se va a parecer a mi Atleti —pronosticó César.

—Don César, no diga esas cosas. Dios no lo quiera —se apresuró a disentir el camarero, con su voz meliflua.

—Claro —repuso César—. Los del Madrid no estáis acostumbrados a las rozaduras. Este año, sí tu dios no lo remedia, la rozadura se puede convertir en un desgarró. ¡Bah!, Manolo, no tenéis porqué preocuparos. Ya sabes, como casi siempre, la liga la gana el Madrid o el Barca —tratando de suavizar la situación, conociendo el fanatismo del camarero por el equipo merengue.

—No lo crea, don César. Este año, el Dépor apura mucho.

—Bah, Manolo, cuatro gañanes —dijo con toda intención, mirando de soslayo al Sebas.

—¡Oye, oye! —interviniendo este en la discusión futbolística, defendiendo el honor del equipo de su patria chica. Mirando amenazador, le interpeló—: ¿Quién te crees tú para insultar a mi Dépor?

César sonrió maliciosamente para sus adentros. Había conseguido el propósito de bajarle del pedestal, en el que parecía vivir perennemente, como *Simeón el Estilita*.

—Vamos, Sebas —cuestionó César, con guasa—, que vos sos de la Gimnástica Segoviana.

El camarero, sorprendido de la noticia, puso cara de asombro, mirando fijamente a la autoridad municipal. El Sebas, viéndose descubierto, admitió, fijándose únicamente en César.

—¡Bueno, bueno! Eso es mucho decir —atajó, malhumorado, escondiendo las palabras dentro de la boca—. Mi mujer, como es de Segovia, más bien para tenerla contenta, presumo de ser un aficionado del equipo de su pueblo, pero de puertas para dentro —aclaró—. Pero yo soy del Dépor, de toda la vida, faltaría más —finalizó tajante.

—Sebas, eres es un chaquetero —le acusó jocosamente, tratando de seguir con la chanza. Nada más escucharse, César se arrepintió de sus palabras. El Sebas lo miró con dureza, con el ceño fruncido, enojado. Sin duda, era el único agravio que el gallego no admitía.

A pesar de su empleo fijo, pues su cargo lo era por oposición, el secretario municipal era muy dado a zalamerías, carantoñas, guiños cómplices, verónicas y chicuelinas con el alcalde de turno, aunque este fuera contrario a sus ideas políticas. No hacía muchos años, el Sebas hubo de remodelar su despacho oficial, ordenado por el alcalde, de una formación política de izquierdas. En la amplia estantería de madera noble, en el centro de la misma, tenía las fotos enmarcadas de Franco y José Antonio, escoltando un estilizado

cristo crucificado, de bronce negro y con pie de granito. Por encima del singular trío, una bandera de España, con el escudo del antiguo régimen.

—Cesarito, querido —dijo con evidente recochineo—, no te pases conmigo ni un pelo. Aunque estemos en esta mierda de bar, o sea, en un lugar público, yo para ti sigo siendo la máxima autoridad municipal... después del alcalde, claro.

César lo miró fijamente. Le hubiera gustado manifestarle a la autoridad municipal todo lo que en ese momento bullía en su cabeza, pero prefirió mantener la lengua dentro de la boca. De todas maneras, más bien para no dejarse achantar, se vio en la obligación de decir, eso sí, entre dientes, sin dejar de sonreír.

—A mi querida autoridad municipal —empleando el mismo tono de voz de su interlocutor— no le gustaría que ciertas fotos, que Iryna me entregó antes de abandonar este pueblo, salieran a la luz pública. ¡Ah!, pero no te confundas. Esto se lo digo a Sebastián Frutos, no a la autoridad municipal. Posiblemente, a nuestro alcalde, tu vida privada le importa un pito; o sea, para entendernos, le da lo mismo... , pero a tu mujer, o sea, a tu querida esposa, tu santa, no iba a echar cohetes de júbilo...

Si los ojos del Sebas hubieran tenido la posibilidad de lanzar llamaradas de fuego, hubieran dejado a César chamuscado, depilado como un pollo recién salido del matadero. Poco a poco, sin apartar la vista de su compañero de mesa, su semblante se fue dulcificando; la rojez de sus pupilas tornó a su color azul habitual, y en sus gruesos labios surgió una sonrisa más falsa que un duro de madera. Tomándose su tiempo, agarró con fuerza el vaso de cerveza. Dando un mínimo trago, posó el vaso, con sumo cuidado, sobre la repisa marmórea, como si temiera romperlo. Abriendo la boca, trazó en su cara una media carcajada.

—¡Vamos, vamos, César! No me vengás ahora con boludeces —empleando el acento porteño bonaerense—, que diría tu tío Mario. Pretendes amenazarme, acaso. Supongo que no. Tú y yo siempre hemos mantenido una buena, ¡qué digo!, excelente rela-

ción, para romperla por una tontería. Sé que eres un tipo inteligente y discreto, No me vengas ahora con ese asunto. A ninguno de los dos nos interesa airear los trapos ajenos. ¿Verdad que no? —finalizó, sin dejar de sonreír.

Hacia poco menos de un año, una mujer de nacionalidad ucraniana, de nombre Iryna, llegó al bar pidiendo trabajo. Puesto que andaba escaso de personal, decidió contratarla. Resultó ser una chica trabajadora, formal, sin dar nunca el más mínimo problema. A los dos meses le manifestó, llorando, que le diera el finiquito, pues debía abandonar el pueblo, urgentemente. César, extrañado, le preguntó si le había sucedido algo grave, para tomar una decisión tan drástica y repentina. La mujer le contó, entre sollozos, que el día anterior recibió una llamada de su hermana, que residía en Barcelona. Le rogaba que abandonara Beltrán, lo más urgente posible. El exmarido la había localizado, y se dirigía desde Ucrania a España, para matarla. Había sido condenado a tres años de cárcel por darle una brutal paliza, que casi acaba con su vida, y causar graves lesiones a los dos hijos de ambos, menores de edad.

Tras consultar el asunto con Manuel, decidió actuar lo más urgente posible.

—César, resuelve el problema cuanto antes. Si el marido es una mala bestia, y cumple la amenaza, nos va a complicar la vida a todos, incluida la mía —le aconsejó su amigo el teniente.

Decidió seguir su consejo. Tras preparar apresuradamente la maleta, César la trasladó en su coche hasta Madrid. En el mismo aeropuerto le compró un billete con destino a una de las islas Canarias. Mientras tomaban una consumición en una de las cafeterías, esperando la llamada de embarque, César le entregó un sobre. La mujer miró este, extrañada, preguntándose que había en su interior. Al ver numerosos billetes de banco, le recordó que ya había cobrado el finiquito.

—Ya lo sé. Es un dinero extra, para tus gastos, hasta que encuentres un nuevo trabajo. Dentro del sobre hay una tarjeta de

visita mía. Escrito a mano, verás el nombre de una persona y su número de teléfono. Es un conocido mío, que me debe un par de favores. Cuando llegues, llámalo. Él ya sabe de tu llegada. Me ha asegurado que tiene un trabajo para ti.

La mujer, casi sin levantarse, tomó con sus manos la cara de César, dándole un apasionado beso en la boca. Sus lágrimas, agradecidas y sinceras, mojaron el rostro de su benefactor. Tras la repentina explosión de agradecimiento, volvió a sentarse. Del bolso, extrajo un sobre, entregándoselo. César la miró intrigado, al no comprender el motivo. Iba a abrirlo, pero sus dedos quedaron pegados al papel.

—Por favor, no abra, hasta yo no ir —le rogó, con su deficiente castellano.

César iba a decir algo, pero sus palabras quedaron engullidas por la voz metálica de un hombre, anunciando por los altavoces el vuelo, su vuelo, a las islas Canarias. La mujer se levantó de repente. Antes de irse, estrechó la mano de César, enérgicamente. Sin decir nada, se fue casi corriendo en dirección a la puerta de embarque. Durante unos segundos, César se quedó mirándola hasta que dejó de verla. Con calma, se dirigió al amplio aparcamiento. Una vez sentado en el coche, extrajo el sobre entregado por Iryna. Eran una docena de fotos, a color, en formato estándar. Las fue pasando, una por una, sin interés, preguntándose porqué se las había entregado. En todas ellas se veía a un hombre, a Iryna, y a otra mujer, que no reconoció. Las dejó tiradas en el asiento del acompañante, dispuesto encender el motor y salir del aparcamiento en dirección a Beltrán, pero no lo hizo. Cuando iba a girar la llave encendido, sus ojos quedaron clavados en las fotos. Las tomó de nuevo y las fue observando una a una, con su suma atención e interés, sin poder casi creer lo que estaba viendo. No era para menos. En una, al hombre se le veía desnudo, tapando sus ojos con un antifaz, mostrando sus abigarradas carnes; en otras, vestido de mujer y maquillado, en diferentes poses, junto a Iryna y a la otra chica. Pero la que más le sorprendió fue en la que se veía, sin lugar a dudas, a

la autoridad municipal del excelentísimo Ayuntamiento de Beltrán: don Sebastián Frutos, realizando una felación a un jovencito, de dudosa mayoría de edad, y de aspecto afeminado. Temblándole las manos, consiguió arrancar el motor. Durante el camino de regreso a Beltrán, se preguntó repetidas veces qué iba a hacer con las fotos. Por lo pronto, guardarlas bajo llave. No era amigo de chantajes, pero las fotos eran una terrible arma letal contra las arbitrarias y abusivas decisiones del gallego. Si alguna vez le hicieran falta, no dudaría en usarlas en su propio beneficio.

—Bueno, César, ahora hablemos de cosas serias. Dime, ¿qué te trae por aquí?

—Venía a hablarte de lo del foco de luz. Ya sabes, el que quiero instalar en el terreno del bar.

—¡Ah!, era por eso —exclamó con patente triunfalismo—. ¡Joder!, César. No hay problema por lo de la autorización. Yo ya he mediado para que te la concedan. ¡Por favor! Soy tu amigo.

—Entonces, amiguito —dicho con sorna—, ¿por qué le dais largas a mi gestor cuando se pone en contacto con vosotros?

—Hombre, César, no sé qué le dicen a ese tipo. De todas maneras, para ti y para mí, tú sabes bien que yo no soy quien concede y firma ese tipo de permisos. Primero, pasa por el concejal, después por el alcalde... A ti no hace falta explicártelo.

—¡Venga, Sebas! —gritó, malhumorado, llamando la atención de los clientes más cercanos—, que no nací ayer y no me trago el cuento que me acabas de soltar. A mis años, ¡no me vengas con esas! Aunque la única prueba de mi paso por la facultad de derecho sea un título enmarcado, colgado de una de las paredes de mi casa, tú sabes que conozco la ley. Dime, ¿qué sucede? —preguntó, ya más calmado. Conociendo al gallego, intuía que el secretario municipal, como siempre, lo cual no era una novedad, pretendía sacar tajada del asunto del «foquito». Sin embargo, no adivinaba cual iba a ser el precio a pagar por la autorización. Prefirió callar, pues, no tardando mucho, el Sebas le iba a revelar el precio de su ayuda incondicional.

El Sebas sostenía en una de sus manos un cigarrillo. Mientras el humo buscaba el techo del establecimiento, serenamente, la autoridad municipal, sin dejar en ningún momento de sonreír maliciosamente, miraba con atención a César. A continuación, agachó la cabeza, casi pegándola al mármol de la repisa de la mesa. Bajando el tono de voz, casi en un murmullo, para que nadie escuchase lo que iba a decir, le comunicó:

—La autorización ya está firmada —aseguró—. Pero antes de entregártela, debes de firmarme un documento—sonriendo abiertamente.

—¿Cuál es ese documento, Sebas? —le cortó, desconfiadamente.

—¡Bah!, una tontería de nada.

—Sebas, que te conozco y no me fío de ti.

—Una tontería. César. Una tontería. Simplemente, firmarme un papelito, comprometiéndote a no poner en funcionamiento el foquito, las noches de: Jueves Santo y Viernes Santo, Nochebuena, Navidad y Reyes.

César se le quedó mirando, estupefacto. No podía creerse lo que acaba de oír. Se le pasó por la cabeza que la autoridad municipal estaba de broma, de chiste, de esas que solía gastar en vez en cuando, pese a no tener el más mínimo sentido del humor. Pasado el agobio del primer momento, y viendo la cara circunspecta, acartonada, de Sebas, dedujo que no estaba de broma. El tipo hablaba en serio. Antes de preguntarle a qué venía lo de las noches de libranza del foco, añadió muy serio.

—Sebas, si te parece bien, podemos añadir la noche de los Santos Inocentes. ¡No te jode!

Como si quisiera revelar un nuevo secreto, bajó la cabeza de nuevo, casi tocando la repisa de mármol. Tomando de nuevo la palabra, adoptando el tono de voz de un mafioso de tres al cuarto, de esos que aparecían en las películas, expresó:

—César, Beltrán es un pueblo, grande pero un pueblo, aunque muchos quieran ver lo contrario, tratando de igualarse con la capi-

tal. Y como es un pueblo: pobre, atrasado, con falta de modernidad, en donde todo se sabe...—. En ese instante paró de hablar, torciendo la cara en dirección a la puerta de entrada del establecimiento. No era para menos. Julita, la mujer del abogado, de los tres que ejercían en Beltrán, acaba de entrar en el Edesa, soltando feromonas a su paso, cual aspersion. Si se sumaba a que la muchacha, sin cumplir los 25, era de una belleza nunca vista en el pueblo, vamos, un disparate de tía, recién aterrizada del viaje de novios, con la cara hinchada y satisfecha, por toda la testosterona absorbida a su enclenque marido, era normal que el mundo se detuviera ante su presencia. César miró la cara del Sebas.

Si lo que se reflejaba en esta, era cierto, Sebas se hubiera dejado arrastrar por la chica a uno de los rincones del bar, resignado y satisfecho. Bajo una mesa, tras el coito, el macho Frutos se hubiera dejado devorar, gustoso, por su mantis religiosa, en un sublime y natural acto de canibalismo sexual.

César levantó la mano derecha, llamando la atención del secretario. De buena gana le hubiera soltado un sopapo, pero se conformó con chasquear los dedos de la mano. No hubiera quedaría muy correcto que la autoridad municipal fuera vilipendiada en un lugar público, pues para eso ya estaba su mujer, según se rumoreaba en el pueblo. El seco sonido doble, despertó al babeante y ferviente admirador.

Julita, sabiéndose deseada, sonrió con picardía a los dos hombres, saludándoles tímidamente con la mano izquierda. César respondió al saludo, asintiendo levemente con la cabeza. A continuación, desentendiéndose de la chica, torció la cara en dirección al Sebas. Este, repuesto de la presencia omnímoda de la mujer, continuó hablando, como si nada hubiera interrumpido su perorata.

—... Como te decía, desde que se supo lo del foquito, he recibido algunas protestas. Nada importantes, pero salidas de la boca de las meapilas del pueblo: la mujer del alcalde, la del boticario, la maestra, doña Concha, obviamente, y de otras, que no hemos de desdeñar...

—Y tu mujer, Sebas. Y tu mujer. No la dejes fuera. Ella no te lo perdonaría...

—Cesarito, querido. A mi mujer no la metas en esto.

—Vamos, Sebas, el Frente de Juventudes de Beltrán ha vuelto, y te han convertido en su portavoz, en su vocero, que dicen en América. Claro, ellas no han olvidado tu reciente pasado político —le recordó, riéndose forzosamente.

—No te rías, César, no te rías. Todas esas, y algunas más, tienen mucho peligro... y poder. Y por supuesto, no olvidemos a don Matías, el cabecilla de todas ellas, y nuestro enlace particular con el Altísimo—. Abriendo la palma de las manos, las levantó, junto con la mirada, en dirección al techo artesonado del establecimiento.

—Por cierto, ya que sacas a colación al curita, a más de una, aparte de las nombradas, les iba a dar un pasmo, si se enteran de las aficiones íntimas y... secretas de su cabecilla... —dejó caer, ingenuamente.

César, dándose cuenta del desliz que iba a cometer, si continuaba hablando, se quedó mudo, de repente. La brevedad del comentario fue suficiente para que la mente morbosa del secretario municipal se abriera como la avalancha repentina de un alud, o como la salida precipitada del agua por el vertedero de una presa.

Sebas se removió pesadamente en el asiento, como un oso resregándose contra el recio tronco de un alerce. Fue el tal el ímpetu empleado, que una de las finas patas de la silla crujió doliente, aceptando con resignación su final. Como un lelo, abrió ojos y boca. A pesar de la diferencia de edad y de porte, César creyó ver la cara de Gabino Diego en la película *Viaje a ninguna parte*.

Sebastián Frutos era un coleccionista de secretos. Estos le daban la posibilidad de manejar al personal, de forma rastrera, a su antojo. Temiendo que la silla no soportara su peso excesivo, se agarró con ambas manos a la recia repisa de la mesa. Acercando la cara a la de César, musitó, para que nadie pudiera escuchar la inminente revelación.

—Cuenta, Cesarín. Cuenta. Soy todo oídos —curioseó, alborozado. Mientras elevaba sus pobladas cejas blanquecinas, sacó la punta de la lengua, relamiendo su grueso labio superior, como el hambriento al que han sentado a una mesa atiborrada con numerosos manjares

—¡Y una mierda, Sebas! ¡Y una mierda! A ti te lo voy a contar. ¡Vamos, vamos!, Con semejante información en tu mano, serías capaz de extorsionar al mismísimo Papa de Roma.

—César, ¿tan mal concepto tienes de mí? —cuestionó, imitando la voz de un niño chico.

—Mira, Sebas, mejor no te contesto a eso. Y ahora escúchame con atención, y por favor, aparta la mirada de Julita. Como la sigas mirando de esa manera, te vas a comer hasta las patas del taburete en el que está sentada.

—¡Pero coño! —protestó airadamente—, como puedes decir eso, si estás de espaldas a ella! ¿¡Es que tienes ojos en la nuca!?

—No. Afortunadamente no tengo semejante anormalidad física. Pero con ver tu cara, me es suficiente. Y ahora escúchame bien. No pienso decirte nada de don Matías. ¡Faltaría más!

—Oye, ¿y tú como sabes tantas cosas, de tanta gente? —inquirió, en un penúltimo intento por sonsacarle lo del párroco del pueblo.

César lo miró con suficiencia, disfrutando del instante de auténtico placer, sabedor que en ese momento la mente de Sebas era un torbellino de preguntas sin respuesta, en las que en todas ellas aparecía la figura de don Matías. A pesar de su uniforme eclesiástico: sotana negra y alzacuello blanco, cuyos colores simbolizan la anulación de las vanidades mundanas y la pureza del alma, respectivamente, para quien lo viste, no dejaba de ser un mero disfraz carnavalesco, y su rostro venerable, acompañado siempre de una simulada simpatía, una simple máscara veneciana, que no podía ocultar, para quienes les conocían bien, ser un tipo intransigente y autoritario, envanecido por su camarilla beata, ignorante, sumisa y pazguata.

Ante semejante bocado informativo, César estaba convencido que el secretario municipal movería todos sus resortes y artilugios, empleando maniobras arteras, para descubrir la vida secreta del cura párroco de Beltrán. Sin duda, la mente enfermiza de Sebas ya había empezado a especular. A pesar del mínimo aperitivo, su imaginación, desbordante y unidireccional, le habría llevado a un único lugar, tan familiar y cercano para él, llamado: Sexo.

A César le daba igual la vida que pudiera hacer dentro o fuera de la sacristía. Pero si su escapada mensual salía a la luz pública, no faltaría quien llamase al obispo, dándole cuenta de los actos de la oveja de su rebaño. Un tipo como don Matías, con la tira de años que llevaba en Beltrán, había ido sembrando en su huerto particular todo tipo de amigos y enemigos, los primeros, circunstanciales, de conveniencia, pero los segundos, acérrimos, letales, dispuestos a saltar sobre la presa abatida, haciendo leña del árbol caído. Con el agua y el abono de su carácter y forma de actuar, habían brotado más de los segundos que de los primeros. Había gente importante en el pueblo que se la tenía jurada. Heridas que no habían cicatrizado, a pesar de los años transcurridos. Desde su llegada a Beltrán, un imberbe recién salido del seminario, convencido de haber sido uncido por su dios, y sabedor del amparo del régimen franquista, se convirtió en un iluminado, en el mediador incuestionable entre el Altísimo y el resto de los mortales, entre los cuales él no se incluía.

Con la llegada de la democracia, su inmunidad desapareció en el mismo momento de la muerte del dictador. Y la aureola sagrada de los de su profesión, suprimida radicalmente por los gerifaltes apoltronados de Roma, en un cambio de política, acorde con los nuevos tiempos.

La sentencia obispal, ante un escándalo de tal calibre, le condenaría a su traslado, forzoso e inmediato, a un inhóspito y perdido lugar del Tercer Mundo, a misiones, en donde purgar el pecado cometido.

César, desentendiéndose del Sebas, posó su mirada en el cuerpo de Julita. Esta, de manera provocativa, como una quinceañera ante la presencia del chico guapo del instituto, no paraba de moverse sobre el taburete giratorio, con las piernas cruzadas, dejando a la vista su intimidad: un mínimo triángulo blanco de tela, pues su minifalda se había transformado, milagrosamente, en un cinturón. Hablaba animadamente con Manolo. El camarero llevaba la vista de un lado a otro, siguiendo el movimiento de las piernas de Julita. Los gestos de su cara anunciaban un inminente mareo del empleado del Edesa.

—¡Manolo, por favor! —medio gritó César, llamando su atención—. Tráenos dos de lo mismo. Y a la señorita, perdón, señora, ponle lo que ella quiera. Yo invito.

Julita, desde el taburete, sin descruzar las piernas, le lanzó su mejor sonrisa, agradeciéndole la invitación. Rauda, César se dio la vuelta, pues continuar con el cruce de miradas, era traspasar la puerta de acceso a un lugar vedado para él. Ya tenía suficientes problemas, como para sumar uno más, por muy atractivo que fuera el envoltorio, sabiendo que dentro del mismo había una bomba llamada: Julita.

Hacía poco más de un año, ya comprometida con su actual marido, la chica se presentó una tarde en su bar, al cual no acudían las mujeres del pueblo. Justificó su presencia, por una avería en su coche. César, dispuesto a ayudar, salió a la carretera, en cuyo arcén se encontraba el vehículo. Sentados los dos en el interior del mismo, César giró la llave de encendido. Nada más hacerlo, el motor rugió jubiloso. A continuación, torció la cara hacia su derecha. Julita tenía la falda subida, enseñando su intimidad, y la camisa desabotonada, mostrando una parte de sus pechos, pues no llevaba sujetador. Su cara lasciva, recorrió despacio el cuerpo de César. Al detener su mirada en las partes pudendas de este, sacó la lengua, mojándose los labios. César se dijo mentalmente que no había que ser muy listo para darse cuenta de que la chica estaba dispuesta a todo. Sin preámbulo, le manifestó su deseo de acostarse con él.

César se dio cuenta que tenía ante sí un grave y delicado problema, y no de mecánica o electricidad, sino otro muy diferente. Consideró que la mujer era un peligroso precipicio, de cuyo borde debía alejarse lo más rápido posible. Así que, abrió la puerta del vehículo y salió, sin decir ni adiós. Nunca se arrepintió de ello.

—Al instante —respondió, solícito, el camarero.

César volvió a mirar a Sebas, que seguía babeando por la presencia de la chica. En esta ocasión, para reclamar el regreso a la realidad del secretario, golpeó con los nudillos de la mano derecha el duro y frío mármol.

Como si fuera su padre o su maestro, que llama la atención del adolescente, le reprendió con amabilidad:

—Vamos, Sebas, que tú solo estás para pasear, no para galopar.

En vez de responderle con desaire, ante el ataque a su honor, de macho alfa de la manada, comenzó a hablar de forma suave y envolvente, como los lamidos de un viejo perro zalamero.

—César, lo que acabo de pedirte, no es una orden, no señor, sino más bien el ruego, la súplica de un amigo, que te quiere y respeta. Imagina la procesión del jueves de Semana Santa, con el alumbrado público cortado por el paso del Señor, y sobre el cielo de Beltrán la luz de tu foquito, cimbreante, bailando sinuosamente, como una brasileña, celebrando el carnaval...

Intencionadamente, dejó de hablar, esperando que el ejemplo calara en la mente de César. Este le miró atónito, sin dar crédito. Monotemático, pues toda su sangría mental estaba dirigida a todo lo relacionado con el sexo. Sabía qué a Sebas le importaban una mierda las procesiones, los curas, y las beatas, a no ser que las tuviera entre las piernas. Barruntó que la trastienda del ruego se encontraba en la sacristía de don Matías. Este, ante sus adláteres, todas féminas, se podría una medalla, más bien una cruz, por el logro conseguido. Pero se preguntó: ¿Cuál era el precio que el cura habría de pagar al secretario municipal? La petición le parecía ridícula, grotesca, extravagante, propia

de una tragicomedia del teatro del esperpento, el guion de una película del absurdo.

Tras un minuto de espera, César esbozó una leve sonrisa. Asintiendo con la cabeza, dio a entender, estar de acuerdo, acceder a la petición del secretario municipal. De todas maneras, nada había de perder, pues el negocio, desde la inauguración de la autovía, iba de capa caída. De seguir así, tendría que plantearse el cierre del bar y la venta de la parcela en donde estaba ubicado. Al encontrarse en zona urbanizable, una constructora de la capital ya lo había tanteado, para la compra de la misma. El foco lo había adquirido en una subasta, hacía medio año, a un precio irrisorio. Le convencieron de que con semejante artilugio iba a atraer mucha clientela, que acudiría a su bar como los mosquitos a la luz de una linterna. Pudiera ser verdad, pero ya era tarde para eso, a no ser que una fuerza sobrenatural empujara la nueva carretera hasta el mismo arcén de su negocio.

Viéndolo indefenso, dispuesto a decir a todo que sí, Sebas creyó que era el momento oportuno para preguntarle lo que rumiaba desde que César se sentara a la mesa.

—Lely, ¿cuándo vuelve? No sé nada de ella. Desde que se fue hace un mes, no tengo noticias tuyas —imploró, angustiado.

César no le respondió inmediatamente, limitándose a mirarle fijamente. En ese momento comenzó a desentrañar la sucia artimaña del secretario municipal. «Sería hijo de puta y rastroso», pensó.

Todo el circunloquio anterior era con el propósito de hacerle creer que si el Ayuntamiento le había dado permiso para colocar y hacer funcionar el foco, era gracias a su intervención. Y esta intervención «desinteresada» tenía un precio. «¿Cuál?», se preguntó. No tuvo que devanarse mucho los sesos para saber el importe exacto del mismo. Puesto que César era su jefe, debía mediar ante Lely, para que esta volviera al redil del secretario municipal.

A punto estuvo de reírse, pero no lo hizo. Viendo la desazón de Sebas, se mordió la lengua, y le contestó:

—El otro día me llamó por teléfono. Me dio buenas noticias sobre su madre. Su presencia en la casa, parece haberla dado nue-

vos bríos. Sebas, tú sabes cómo es Lely, capaz de resucitar a un muerto —dicho con mucha sorna. El Sebas, en vez de tomárselo a mal, asintió varias y repetidas veces con la cabeza, dando por bueno lo dicho por César—. Si su madre sigue así, y encuentra una mujer para que se quede con ella, pues se niega enviarla a una residencia, no tardando mucho la veremos a ver aquí de nuevo.

Pesadamente, Sebas asintió un par de veces, asumiendo la ausencia de su amada, esperando, tan solo, que la separación fuera lo más corta posible. De repente, Sebas, asomando la cabeza por la boca de la poza, en la que parecía haber caído, le susurró:

—¿Y si voy a verla? No, no —se respondió, aceleradamente—. Se ha negado a que vaya a verla. Sí, esperaré su vuelta. César, ¿qué hago? —le suplicó, exigiéndole una respuesta.

—Sebas, llamas a una puerta equivocada. Yo no soy un consejero sentimental.

—¡Pero tú eres su jefe...!

—Sí, pero no su dueño. La esclavitud fue abolida hace mucho tiempo. Si ella te ha dicho que no vayas a verla, no lo hagas. De todas maneras, haz lo que creas conveniente. Yo sí sé qué voy a hacer en este asunto: no convertirme en vuestro celestino. Ahora, recuerda, si tu mujer se entera de lo vuestro, te pone la maleta en el rellano de la escalera, no sin antes llenarte el culo de perdigones, con una de las escopetas que posees para ir de caza.

Sabiendo que la conversación no daba para más, César se levantó en silencio, reventado. Siempre le sucedía lo mismo cuando tenía una conversación con el secretario municipal. El Sebas era cansino, agotador. Tratar con él, era como tratar de entenderse con un chino, sin que ninguno de los dos supiera el idioma del otro.

Se dirigió a la barra, pidiéndole la cuenta a Manolo. Mientras hablaba con este, su mirada se dirigió a la mesa en donde seguía Sebas sentado. Se le veía atribulado. Con la mirada perdida en la plaza, parecía buscar entre los transeúntes que circulaban por ella, en una u otra dirección, a su amada.